



1738

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

Del académico de número don Oscar Conde, acerca de

HOMENAJE A JOSÉ GOBELLO

Señora Vicepresidente:

Si hay algo que me consuela, en el medio del dolor que todos sentimos por esta pérdida, es que todo lo que pienso de José Gobello he tenido ocasión de decírselo a él –no una, sino varias veces–, de decirlo en público en distintas presentaciones de sus libros, e incluso de dejarlo por escrito al menos en dos prólogos: el que escribí para *Estudios sobre tango y lunfardo ofrecidos a José Gobello*, obra que tuve el honor de compilar junto al académico Marcelo Oliveri en 2002, y el que preparé para la edición del 90° aniversario de *Lunfardía*, publicada en 2009. Lo que sigue, es de algún modo un plagio a mí mismo.

Si bien Gobello no inventó el lunfardo sí “inventó”, en cambio, el estudio del lunfardo, mientras en los círculos lingüísticos universitarios, incluida la Academia Argentina de Letras, mayormente se ignoraban los problemas del habla popular. Gobello aró una tierra virgen, preparando el terreno para que otros –muchos años después y siempre muy detrás de él– sembráramos. Pero no sólo hizo eso: él también sembró. Y puede decirse que ha sembrado en su vida tanto o más que todos los demás miembros de nuestra Academia juntos.

José Gobello es, en tanto investigador de lo popular, un modelo a seguir. Algo que siempre admiré mucho de él es que nunca se quedó en la anécdota. Entre los tangófilos y lunfardófilos muchas veces las discusiones son superfluas y las explicaciones de las cosas, ridículas. Gobello en el más sencillo de sus comentarios siempre se hizo un lugar para el juicio valorativo, para el análisis, para ayudar a su lector o a su interlocutor a la comprensión de las cosas. Si remitía a una anécdota o a un hecho puntual, siempre había detrás de ello un afán didáctico. Los diletantes abundan, pero Gobello jamás cedió a esa tentación.

Saliendo del ámbito de la Academia Porteña del Lunfardo, los argentinos –y particularmente los porteños– le debemos mucho por su labor en la preservación de nuestro patrimonio cultural, que ayudó a difundir y a amar entre los auditorios de sus innumerables charlas y conferencias así como en el ejercicio de la cátedra, tanto en el Centro Educativo del Tango (en sus inicios denominado Universidad del Tango) como en el Liceo del Tango, perteneciente a la Academia Nacional del Tango.

A su talento natural Gobello le ha sumado dos condiciones, dos secretos: la voluntad –la más valorable, creo, de todas las virtudes– y fundamentalmente el amor por lo que hacía. Sin ese amor y sin esa voluntad no habría sido posible que durante casi cincuenta años cargara sobre sus hombros el peso de la Academia Porteña del Lunfardo, que –a nadie se le escapa– gracias a él, y casi sólo gracias a él, ha llegado a ser lo que es.

No me gustaría que nadie se ofendiese, pero necesito decir que con Gobello hemos perdido, de una única vez, al mayor especialista en lunfardo, al mayor especialista en la historia del tango y al más importante lexicógrafo argentino del siglo XX. No crean que exagero porque la muerte sea benéfica. Esto que acabo de escribir lo

había dicho ya hace casi doce años. En ese prólogo de 2002 agregué además: “No soy amigo de Gobello –aunque me gustaría serlo– y él sabe bien que no comparto su ideología”. Querría pensar que lo primero pudo revertirse y que José terminó, sí, considerándome un amigo. Desde mi ingreso a esta casa, donde siempre fui tratado por él y por todos los académicos con una caballerosidad y una generosidad de las que ya no se encuentran en el resto del mundo, e intenté retribuirle la confianza depositada en mí poniéndome a su disposición cada vez que me lo requirió y demostrándole siempre el cariño que aprendí a tenerle. Espero haber cumplido.

Para finalizar, quisiera recordar tres momentos que nunca olvidaré. En primer lugar, la última vez que estuve visitándolo en su casa, en 2012, cuando le conté entusiasmado que estaba preparando una edición anotada de la novela de Luis C. Villamayor *La muerte del Pibe Oscar*. Creo que mi entusiasmo lo contagió, pues percibí un brillo especial en sus ojos, siempre vivaces, siempre al filo de la ironía, de la comprensión infinita y, en esa ocasión, quizá, del beneplácito. Otro recuerdo reconstruye una escena que tuvo lugar en la Academia en 2009: lo encontré prodigándole respuestas cariñosas a mi hija Victoria, que por entonces tenía cinco años y estaba sentada sobre sus rodillas y no paraba de hacerle preguntas en el despacho de la Presidencia. Tenían un diálogo fluido, se entendían, y el Maestro mostraba con ella una paciencia infinita, la que no le conocí con otras personas. En tercer lugar, recuerdo ahora el llamado telefónico que le hice desde aquí mismo el 21 de diciembre de 2012, a las 19 en punto, a cincuenta años exactos de la creación de la Academia, para agradecerle, para decirle que estos cincuenta años se los debíamos y para garantizarle que todos nosotros nos comprometíamos a continuar lo que a él –junto con Benarós, Villanueva y Soler Cañas– se le había dado por soñar un día. Me agradeció el llamado y, como algunas otras veces, me dio a entender que ya nos había pasado la posta.

Pocas veces en la vida una persona tiene ocasión de cruzarse y de entablar una amistad y una relación de camaradería con un quía como José Gobello. En lo que a mí respecta, seguiré encontrando su lucidez y su inteligencia en los libros que escribió y que sigo leyendo y consultando siempre. Al mismo tiempo recordaré siempre su trato cordial, su generosidad y su charla, a la cual el afecto, el humor, el conocimiento y la ironía en dosis milimétricamente medidas le supieron dar un carácter único e inolvidable.

Buenos Aires, 9 de noviembre de 2013

OSCAR CONDE
Académico de número
Titular del Sillón “Bartolomé R. Aprile”